

Ser entomólogo

Juan F. Barrera¹

A la memoria del Ing. Júpiter Barrera Flores (1931-2007)

Mi padre era un maestro de la narración: cuando niños, antes de dormirnos, a mis hermanos y a mí nos relataba aquellos cuentos legendarios que mantenían nuestra atención «prendida de un hilo» de principio a fin. En especial, disfrutábamos aquel relato sobre un oso enorme que raptó a dos niños en la orilla del río. En nuestras mentes infantiles, y en la oscuridad de nuestro cuarto, imaginábamos a los vaqueros curtidos por el desierto — que papá describía con tanto detalle — que montados a caballo salían en tropel en auxilio de aquellos niños robados, con una jauría de perros por delante. Con terror, «veíamos» al búfalo gigantesco que en mitad de la noche sorprendía a los vaqueros que dormían y se revolcaba furioso en la fogata echando brasas sobre su lomo, y sus mugidos estruendosos los podían escuchar los vaqueros en huída despavorida aún a kilómetros de distancia ¡Y vaya aquella escena donde, finalmente, el oso rugía acorralado por los perros furiosos, y erguido a todo lo largo en la entrada de la cueva donde se refugiaba, alzaba en vilo a los niños asustados...! Esa magia del relato nos envolvía, hasta que excitados y temerosos, poco a poco, caíamos dormidos con una sonrisa en los labios. No sabía que años después, la magia narrativa de mi padre habría de conducirme al campo profesional de la entomología.

Era apenas un chiquillo de escuela primaria, en un pueblo norteño del «México rural» de los años sesenta, cuando la pasión por los insectos echó sus raíces en mí. Estudiar, tocar o simplemente admirar a esas criaturas minúsculas, se volvió parte de mi mismo. Recuerdo que me sentía asombrado con sus múltiples formas y colores, sorprendido del contraste de sus tamaños y hábitos. Fue aquella época sin el «*Discovery channel*», que descubrí a esos seres fascinantes en su mundo natural.

En esos primeros y añorados años, una insignificante charca de aguas enlodadas en un camino rural, era una pantalla gigante de televisión que me mostraba en todo su esplendor multicolores caballitos del diablo de fugaz vuelo. De igual manera, un rosal en el

¹ Investigador Titular adscrito al Departamento de Entomología Tropical de El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Tapachula. jbarrera@ecosur.mx

jardín de casa, era un espectáculo sin igual de globosos y apenas perceptibles pulgones verdes, que atiborraban las hojas tiernas y se agitaban al unísono con mi presencia. Un animal muerto repleto de larvas blancas en retorcido movimiento y el barullo de la nube de moscardones verdes y azules, era un manjar — a pesar del tufo maloliente —... para mi curiosidad. Y qué decir de la atracción que ejercían sobre mí aquellos piojos blancos que de las gallinas de la abuela hacían su hogar.

En aquella época, un viaje por el campo con los amigos en un día soleado, más allá de los límites del pueblo, caminando todos en fila india por la orilla del río bordeado de nogales, álamos y sauces, o correr despavoridos por alfalfaes verdes y frescos o huertas de manzanos y duraznos repletos de grandes y jugosas frutas amarillas, verdes o rojas — que cortábamos sin permiso para satisfacer el hambre y la sed — se interrumpía infinidad de veces para recoger aquí a un escarabajo que brillaba como esmeralda, o por allá seguir a toda prisa a una mariposa de alas amarillas que en errante vuelo parecía jugar con nosotros. En casa, la tarántula peluda en el bote y el perrito de la pradera en la caja de cartón, hacían compañía al hormiguero que anidaba en un frasco de vidrio extraído a escondidas de la alacena de mamá, y cuyas galerías y trajinar de aquellas hormigas de cola roja, contemplaba absorto las tardes de verano.

En ese entonces, no sabía que el estudio de los insectos era el campo de la entomología, ni mucho menos que a los estudiosos de los insectos se les llamaba entomólogos. Tampoco imaginaba que esa pasión por los insectos podría cultivarse en una profesión para ganarse la vida.

Casi adolescente, me di cuenta que aquel querido pueblo que me brindó tantas oportunidades para entrar en contacto con el mundo de los insectos, no saciaba la sed de conocimientos, ni me ayudaba a responder las grandes preguntas que me hacía sobre esos seres diminutos de seis patas, de adornada cabeza con un par de antenas como televisores. Todavía viene a la memoria las preguntas que me inquietaban: ¿De dónde vienen las moscas? ¿Por qué no crecen gradualmente como lo hacen los chapulines? ¿Dónde están pues, las «moscas bebés»? ... Recuerdo la euforia que sentí al descubrir que las «moscas bebés» ¡eran gusanos! ¡Les juro que ese brusco y primer contacto con la metamorfosis de los insectos fue para mí lo más parecido a ganarse la lotería!

Un día, mi padre me preguntó a quemarropa: «¿Qué profesión vas a estudiar?». Recuerdo que su pregunta me molestó porque no supe que decir, y lo miré a la defensiva. Él, tolerando mi actitud de preparatoriano rebelde y con la sapiencia que da tener seis hijos, no tardó en hallar «el extremo de la hilaza»: descubrió mi pasión por los insectos, mi pasatiempo de niño. Y entonces, con aquella magia del relato que solo él tenía, me dio su versión de los insectos, la versión del ingeniero agrónomo que era. Gradualmente, mi papá fue desplegando ante mi asombro un mundo donde los insectos tenían otros nombres, otros rostros y una importancia que desconocía. Embelesado, escuché de sus labios — aquellos finos labios adornados del grueso mostacho que usaba —, que muchos insectos son plagas importantes de los cultivos; me habló del gusano elotero, del picudo del algodónero, de las plagas del nogal, del manzano, del frijol... de los campesinos que pierden sus cosechas por las plagas,... y de los agrónomos que las estudian en busca de métodos para combatirlas. Esa versión de los insectos fue una revelación para mí.

Lo demás, ya es historia. A los pocos meses, cerraba un capítulo de mi vida al alejarme de mi pueblo y, con la mochila al hombro y lleno de ilusiones, me dirigía a Saltillo a estudiar agronomía en la «Narro», el *Alma Terra Mater* de mi padre en los años cincuenta. Hoy, en retrospectiva, me doy cuenta que gracias a mi padre encontré en la agronomía la «fuente de la entomología»; en sus aguas cristalinas y puras del saber, bebí de mis maestros los primeros conocimientos formales sobre los insectos y aprendí a entender su relación con los cultivos y el hombre. Allí me dieron las bases para ser un entomólogo profesional.

No mucho después, gracias al Dr. Dieter Enkerlin — mi tutor de la maestría — había cambiado el árido y parco desierto norteño por la exhuberancia verde y húmeda del sureste mexicano; me había alejado dos mil kilómetros de mis seres queridos y con mi esposa escogíamos el suelo fértil de Chiapas para echar raíces. «Los caminos del Señor son inescrutables» ¿verdad?. Ya establecido en Tapachula, mi terruño nuevo, y trabajando en el Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste, hoy El Colegio de la Frontera Sur, muy pronto un insecto llamaría mi atención y curiosidad de entomólogo; un insecto plaga que habría de ocupar — yo no sabía entonces — al cien por ciento mi esfuerzo mental y físico, y que por años pondría a prueba mis conocimientos y creatividad. Me refiero a la broca del

café, o *Hypothenemus hampei* en la jerga entomológica. Para mi fortuna, los insectos continuaron en mi camino, mas en esta ocasión como parte de mi trabajo.

Ser entomólogo tiene muchas facetas y no me cabe duda que mis colegas entomólogos tendrán otras historias que contar. Uno de mis maestros solía decir que los entomólogos son como «comodines de un juego de naipes», aludiendo al hecho que nos podemos insertar en muchos contextos. No es extraño saber que muchos biólogos naturistas de antaño y muchos biólogos moleculares de hoy, como muchos agrónomos, forestales, químicos o médicos surgieron de, o se consolidaron en la entomología. A entomólogos ilustres debemos el desarrollo de conceptos como la Sociobiología, los modelos matemáticos tri-tróficos o el Manejo Integrado de Plagas.

Recuerdo las noches de verano de mi niñez, acostado en el jardín de casa junto a mis padres y hermanos, escudriñando el cielo estrellado en busca de satélites. «¡Allí va uno!», de pronto alguien decía, y absortos contemplábamos un puntito luminoso, como una estrella, que cruzaba veloz el firmamento hasta perderse en la noche negra. Se establecía entre todos una inexplicable conexión — se podía sentir la energía fluir —, éramos como un grupo de homínidos — me imagino — contemplando un eclipse de luna una noche en la prehistoria... Pero ¡hay...! el encanto de esos momentos mágicos no duraba mucho: los mosquitos, esos bravos insectos «chupa sangre», esos que papá decía «¡parecen golondrinas!», se las ingeniaban para ahuyentarnos.

Para mí, ser entomólogo ha sido el vínculo entre valorar esos momentos preciados y únicos, y saber que detrás de ellos, siempre está un insecto para estudiar, tocar... ¡o simplemente admirar!